LOS MISTERIOS DE LA TIENDA

por Miguel Costafreda

Nunca había visto un modelo de tienda tan extraño como el de sus vecinos de camping. Tampoco —aunque al oírlos le embargaba un extraño desasosiego— alcanzaba a comprender el significado de aquellas salmodias que se dejaban oír todas las noches.

Veranear en un apartamento a la orilla del mar puede resultar ruinoso en estos tiempos. La montaña se ha convertido en patrimonio de los más acaudalados que huyen de la oleada de ciudadanos de pie que invaden la costa, y compartir una casa de labranza con unos aldeanos, sólo porque está de moda la vuelta al ambiente rural, puede acabar con nuestra paciencia a los pocos días hartos de encontrar gallinas en el dormitorio o cabras provistas de retorcidos cuernos que nos miran con caras de pocos amigos cuand salimos a a dar el consabido paseo vespertino.

Por ese motivo, mucha gente piensa que la solución ideal es la práctica del camping, ya sea en la práctica modalidad rodante, que permite, mediante la adquisición a plazos de una caravana, trasladar nuestra casa a voluntad; o bien utilizando una simple tienda de campaña y asentándonos durante todo el mes en un terreno convenientemente acotado para la práctica de la vida al aire libre.

La primera modalidad, que consiste en vivir en un remolque y viajar de acá para allá acampando donde nos sorprenda la noche, ha resultado a veces fuente de considerables molestias para sus usuarios, si es posible calificar así al hecho de que toda una familia haya sido encontrada asesinada en pijama víctima de un maníaco sexual; o que el matrimonio y sus retoños de corta edad hayan adquirido en una sola oche un envidiable color tostado gracias a la ocurrencia de una banda de jóvenes golfos que prendió fuego al remolque, considerando sin duda que se trataba de una simple gracia.

El segundo caso, que se basa en establecerse e un terreno *ad hoc* mediante el uso de una simple, o a veces más compleja tienda de campaña, no tiene más inconveniente que compartir el lecho con una legión de arañas, algún que otro escorpión y dos o tres saltamontes de tamaño más que respetable.

Por otra parte, los vecinos casi siempre suelen ser gente cordial, por lo que no es infrecuente hacer amistades que más tarde siguen cultivándose en la ciudad durante el invierno. Y pocas cosas hay tan agradales como

una reunión nocturna a la luz de las estrellas que se prolonga hasta que, rendido por el sueño, cada cual se retira a su tienda a descansar.
En ocasiones uno se desvela en plena noche y sale al exterior procurando no despertar a los demás a fin de contemplar las estrellas.
Qué tranquilidad para el espíritu escuchar los rumores del campo sin otra compañía que la del astro nocturno.
No alejamos hasta los límites del campamento para sentirnos más aislados. Pasamos junto a una tienda de campaña que siempre permanece cerrada, y acaso nos internamos unos metros en un pequeño bosque que esta mañana parecía absolutamente inofensivo.
De pronto descubrimos que no estamos solos, que alguien vigila nuestros movimientos. Alguien cuya proximidad hace que se silencie el canto de los insectos nocturnos y deje inmóviles a las ya de por sí estatuarias lechuzas. Algo cuya cercanía presentimos como una amenaza fantasmal y que, sin embargo, somos incapaces de localizar. Algo que está en su terreno y que nos considera intrusos por el hech de haber interrumpido quién sabe qué espeluznante actividad o ceremonia.
No tanto para sombrar el desconcierto, como en evitación de mayores males, es hora ya de que alguien declare, a riesgo de no ser tomado en consideración, que, lejos de resultar beneficiosa, la contemplación del cielo nocturno puede acarrear graves consecuencias. Que las estrellas, que todo lo ven desde su profundísima altura, son cómplices de las fuerzas del mal, a las que advierten de cualquier movimiento o presencia imprevista. Que la permanencia prolongada bajo un cielo estrellado sólo es beneficiosa para las almas de metal o duras como el hielo. Y que resulta un lamentable olvido, como no sea una negligencia criminal, que laguien no haya inventado ya las gafas de luna, para que así como nos protegemos mediante filtros adecuados de la excesiva claridad solar, podamos preservar nuestras pupilas, y consecuentemente también nuestras almas, de la pérfida y desfalleciente claridad lunar.
Es evidente que no será tarea fácil, y que con certeza casi absoluta el inventor sucumbirá en el meritorio empeño, pero si lo consigue, la humanidad podrá librarse sin otro temor, provista, eso sí, de las gafas lunares, a la contemplación del no tan inofensivo satélite nocturno.
Pero, así como a veces es preciso usar gafas de lejos y de cerca, ya se trate de mirar un paisaje o de la lectura de una carta, del mismo modo, el atrevido paseante nocturno hará bien de proveerse de dos pares de lentes: unas que le permitan el examen inocuo del paisaje lunar, y otras con las que pueda recorrer sin temor los infinitos renglones de la carta astral en la que aparece cifrado el destino de cada uno de nuestros compañeros de navegación.
Es patente que, los que se dedican a un trabajo nocturno, o aquellos que permanecen por obligación bajo el cielo estrellado, son propensos a sufrir cierta clase de males: una melancolía que comienza presentando los mismos síntomas que el flechazo amoroso, pero que pronto deriva hacia extremos más particulares, y termina sumiendo al individuo en una continua lasitud malsana, o a veces, en una locura tan furiosa como la que se apodereba de las pitonisas al aspirar mefíticos vapores emanados del subsuelo de pretendidos santuarios.

Esto lo saben bien los serenos y los guardias nocturnos, que procuran, cuando el cielo está raso y las estrellas se clavan en los ojos, no permanecer en descubierta más que lo indispensable para abrir un portal o efectura una ligera ronda de inspección.

¿No sabéis que, hacia el final de su guardia nocturna, el marino comienza a ser presa de una melancolía depresiva que, de no mediar el siguiente relevo, le forzaría suavísimamente a arrojarse al agua por la borda?

¿Por qué creéis que, al amanecer, el soldado al que ha correspondido la última vigilancia cree oír el batir de olas que se estrellan furiosas contra el muro sobre el que se asienta la garita y se siente tentado de zambullirse inerte en las procelosas aguas que se retirarían al instante?

¿Ignoráis que el pastor, si se ve obligado a velar a la espera del parto de una oveja, se sienta paciente, cruza los brazos sobre las rodillas y permanece con los ojos en tierra voluntariamente ajeno a ese escarchado y falsamente inmóvil océano que se cierne sobre él?

El pastor , tanto como el soldado y el marino, conocen perfectamente el peligro a que se ven sometidos, pero la tradición, la hombría o la conformidad sellan sus labios, y continúan esforzándose en permanecer ajenos a esos infinitos cantos de sirena sin el auxilio de cera que ciegue sus oídos o ensordezca sus ojos.

Pero es el caso que, las estrellas y la luna, aun estando al servicio de oscuras potencias, tienen que limitarse a la mayoría de las veces a ser meros testigos, sin que les sea permitido participar en ceremonias o en acciones a las que gustosas prestarían su concurso.

Todo lo más, su tarea consiste en sugerir, propiciar, aconsejar: tentar, en resummidas cuentas. Crear un ambiente en el que el delirio y la locura sean posibles. Prestar su colaboración y su complicidad a acciones monstruosas o nefandas, a aquellos hechos cuya realización ha de acometerse en las horas nocturnas

* * *

Al levantarse de la siesta, Eugenio advirtió que tenía nuevos vecinos.

Aquella parte era la más abrupta de toda la superficie del camping y por eso había instalado allí la tienda, convenientemente alejada de las demás, considerando que al haber mejores emplazamientos a nadie se le ocurriría situarse cerca de ellos. Por esa razón, cuando se dio cuenta de que una gran furgoneta se había estacionado a pocos metros de su tienda, no pudo evitar un cierto odio hacia los intrusos.

Como no había nadie a la vista, se aproximó distraídamente al coche, cuya matrícula no pudo identificar, y husmeó en su interior a través de las ventanillas sin que sus ojos repararan en nada significativo, como no fuera que los asientos estaban forrados con lo que parecía auténtica piel de león y de leopardo

Dio unas cuantas vueltas alrededor del vehículo intentando encontrar alguna pista que le permitiera deducir la nacionalidad de los recién llegados, y por fin reparó en que, junto a la matrícula del remolque, en el

que seguramente guardaban la tienda durante los desplazamientos, aparecía dibujada la silueta del continente africano.

Una hora más tarde aparecieron los dueños del coche y se dispusieron a montar la tienda.

Fingiendo realizar tareas de limpieza, los estuvo observando detenidamente: se trataba de un hombre y una mujer de color, seguramente matrimonio, y un niño de pocos meses, al que dejaron dormido en el interior del vehículo.

Con pasmosa habilidad fueron clavando estacas y desplegando metros de tela, hasta que, en poco tiempo, quedó configurada una silueta de aspecto completamente inusual, por lo menos en los campings que Eugenio calificó mentalmente de civilizados.

Aquello tenía una doble apariencia: por una parte se asemejaba a esas tiendas achaparradas y extendidas que los beduinos utilizan para cruzar el desierto, pero contemplada desde otro punto de vista, tenía algo de la fastuosidad y opulencia propia de la tienda de un gran visir que se desplaza desplegando un fausto oriental.

Eugenio tenía la certeza de que el interior estaba ricamente adornado con alfombras persas y provisto de innumerables cojines donde recostarse, en lugar de tener que recurrir, como la mayoría de los acampados, a las incómodas y humillantes sillas plegables.

Cuando los nuevos vecinos dierno fin a su tarea, la mujer tomó al niño y se introdujo en el interior de la morada acompañada de su marido, el cual volvió a salir al rato y colgó junto a la entrada un farol y otro objeto que la distancia no permitía identificar.

Más tarde, cuando Eugenio y su novia se encntraban dentro de sus sacos de dormir intentando conciliar el sueño, una onótona melopea se dejó oír en el silencio de la noche. Una especie de cántico gutural procedente de la extravagante tienda vecina.

Marina buscó en la oscuridad los ojos de Eugenio formulando una muda interrogación: no era posible saber si aquella extraña melodía era una nana destinada a propiciar el sueño del pequeño, una oración a alguna deidad pagana, o una simple canción nostálgica entonada en algún desconocido dialecto a punto de perderse.

Eugenio se incorporó en el lecho y, sindecir palabra, descrrió la cremallera y salió sigilosamente al exterior deseando escuchar más de cerca aquella salmodia.

Las estrellas suspendieron sus guiños al instantes y desearon con tda la fuerza de que eran capaces que el hombre se aproximara más a la gran tienda. La luna aceleró su cuarto creciente a fin de derramar más palidez sobre la escena, pero Eugenio, después de contemplar unos instantes aquella itinerante mansión, volvió a entrar e la suya clausurando la entrada mediante la cremallera.

A la mañana siguiente se olvidó de comentar con Marina lo referente al cántico nocturno hasta que, llegando el mediodía, le extrañó que los nuevos vecinos no hicieran acto de presencia y permanecieran en el interior de la tienda.

—Anoche no estaban solos —dijo.

—¿Los viste? —preguntó Marina.

—Dentro había luz, y sobre la tela se reflejaba la silueta de otras personas.
—¿Y aquel canto?
—Cuando me acerqué a la tienda —explicó él— me pareció que la reunión era muy pacífica. A juzgar por sus sombras, estaban sentados en el suelo, pero sea lo que fuere lo que estaban haciendo, se interrumpieron al verme.
—¿Te vieron?
—Quiero decir... Bueno, algo debieron de intuir, poque sus sombras permanecieron inmóviles durante todo el tiempo que yo estue observando.
Los africanos no se dejaron ver en todo el día, aunque con toda seguridad no habían abandonado la tienda. Eugenio se aproximó en cierto momento y pudo comprobar que el objeto colgado junto al farol de la entrada era una especie de escudo de madera en cuya superficie había pintado un rostro de rasgos primitivos, no sabría decirse si de persona o de fiera. Probablemente una mezcla de ambas cosas.
Ya al atardecer, se dejó oír el llanto del niño durante largo rato. Tanto, que Marino comentó que la criatura debería de estar sola, porque nadie parecía consolarla. El llanto continuó hasta bien entrada la noche, en un determinado momento de la cual cesó para dar paso a la monótona salmodia que ya conocían.
Eugenio se despertó a media noche y vio a Marina sentada: su cabeza ligeramente ladeada y su mirada fija en cierto punto inconcreto denotaba que trataba de escuchar algo con gran atención. Iba a preguntarle qué, cuando ella extendió la palma de la mano pidiendo silencio, y pasados unos instantes murmuró:
—Hay algo afuera.
Como Eugenio solicitara una explicación, Marina le dijo que había sido desvelada por algo que rondaba la tienda, no tanto por algún ruido inopinado a aquella hora, cuanto por la percepción, todavía en sueños, de una presencia intranquilizante.
De pronto se oyeron pisadas al otro lado de la lona y una respiración a ras del suelo, como si algun animal olisqueara buscando un resquicio por donde introducir la pezuña.
Lo que fuera dio varias vueltas alrededor deteniénoecvezenunpuntomas cercano a donde reposaban las cabezas de los dos jóvenes, y, de súbito, se abalanzó sobre la tienda abombando la lona con su peso. Instantes después se marchó a la carrera.
Al día siguiente, Eugenio notificó lo acaecido a la dirección del camping, obteniendo como resultado la aparición de una nota en el tablón de anuncios en la que se rogaba a los acampados que se abstuvieran de dejar sueltos a sus perros por las noches.
A instancias del encargado, Marina leyó aquel anuncio, pero le expuso sus dudas acerca de que lo que había rondado la tienda la noche anterior fuera un perro.
—No, no creo —negó ante la sugerencia de que hubiera sido una persona—. Era un animal, de eso estoy segura —dijo, y no pudiendo contener su curiosidad preguntó por los de la tienda próxima a la suya—.

El niññññño se pasa llorando gran parte del día, me temo que le dejan solo demasiado tiempo.

—No le dejan solo —repuso el encargado—. Es que no salen de la tienda. Se pasan todo el día llí dentro a pesar del calor.

Eugenio no quiso bajar a la piscina, y perman eció leyendo durante la hora de la siesta, hasta que, incapaz de concentrarse debido al llanto infantil procedente de la tienda de los africanos, salió al exterior de la suya.

La extravagante carpa permanecía como de costumbre hermeticamente cerrada.

Presa de una enorme curiosidad, que quiso disfrazar como preocupación por el incesante lloro de la criatura, se fue aproximando, y ya junto a la abertura que servía de puerta, tosió para anunciar su presencia. Se detuvo un momento a la vez que arreciaba el llanto del niño y, aclarándose la garganta, saludó con un «buenas tardes» que no obtuvo respuesta.

No sabiendo cómo anunciar su presencia de otro modo, permaneció un instante suspenso, y después golpeó con los nudillos en aquella especie de escudo colgado junto al farolillo, pero no hubo señal de que los moradores se dieran por enterados, por lo que, apartando con la mano la cortina y musitando un «¿se puede?» que a él mismo le sonaba ridículo, penetró en la tienda.

A la luz tamizada por las pesadas telas que constituían las paredes, pudo ver que bajo aquella carpa no había más que un sólo ámbito sin ningún tipo de subdivisiones. El mobiliario, lejos de estar constituido por cojines de seda y alfombras orientales, como había supuesto, estaba formado por un lecho cubierto con pieles, algunas lámparas de aceite y varios cuencos que al parecer contenían comida. En un extremo de la estancia, iluminado por una de aquellas lámparas, cuya vacilante luz acrecentaba su fealdad, había una talla de madera que parecía representar a alguna divinidad pagana.

El llanto de la criatura, que había arreciado cuando puso el pie dentro de la tienda, volvió a arreciar, y Eugenio advirtió que en una rústica cuna al otro lado del lecho estaba el niño, sin otra compañía que un extraño muñeco de trapo.

Se aproximó al bebé, que clavó en él sus grandes ojos castaños, y adelantó su mano con intención de acunarlo, pero en aquel momento se oyó un gruñido continuado como el que produce un perro que amenaza sordamente a su enemigo, un gruñido que antecede al ataque.

Se detuvo alarmado, y cuando el gruñido fue bajando de tono, miró a su alrededor con precaución tratando de localizar al animal, pero no pudo hallarlo. Quizá el perro, si es que había sido eso, se hallaba fuera.

Al darse la vuelta con intención de abandonar la tienda, vio que en el suelo, a pocos metros de la cuna, yacían dos pieles: una de león y otra de leopardo.

Más tarde comentó con Marina la desidia de los vecinos que abandonaban al niño durante horas, con el consiguiente riesgo para la criatura, pero ella le relató su conversación con el encargado del camping el cual había asegurado que los africanos no abandonaban en absoluto la tienda.

Próxima ya la hora de acostarse, el llanto de la criatura cesó, y Eugenio pudo advertir que, a juzgar por la actividad que se traslucía, los padres del pequeño habían regresado de donde fuera.
Se apagaron las luces, finalizaron las tertulias, y cada cual se retiró a su tienda a descansar. Eugenio, no obstante, permaneció largo rato en el exterior contemplando fijamente la carpa vecina, que, recortada sobre el cielo nocturno, y aislada del resto del campamento, producía la ilusión de un súbito traslado a la gran lanura africana.
En cierto momento le pareció que hasta los ruidos y murmullos nocturnos se modificaban dejando paso a rumores más urgentes y menos familiares que servían de fondo a ocasionales rugidos y estridentes cánticos.
A aquella extraña sensación vino a sumarse otra que no podía localizar ni definir, pero que le cercaba como un inmenso velo del cual era imposible escapar: era como si se encontrara en el centro de una inconmensurable tela de araña y sintiera las vibraciones de la trama, indicio claro de que algo terrorífico y amenazador se iba acercando hasta donde él, incapaz de realizar un solo movimiento para intentar la hida, debía esperar el desenlace de los fatales acontecimientos.
Si antes de entrar en su tienda, Eugenio hubiera dirigido su vista hacia lo alto, quizá se hubiera apercibido de que en aquella inmensa red de lejanísimos puntos luminosos, residía la clave de su extraña inquietud. Pero no lo hizo, y alguien se felicitó por ello.
Como a causa de un monótono y puntual rito, fue despertado a media noche por el gutural cántico procedente de la tienda vecina. Permaneció cierto tiempo entre sueños madurando la decisión, y finalmente resolvió que, puesto que aquella hora parecía la única apropiada para tomar contacto con los de la carpa africana, iba a acercarse a la tienda y protestar (aún no sabía en qué idioma) por el escándalo nocturno, y quizá también, si acertaba a comunicarse, diría unas palabras acerca del abandono de la criatura durante el día.
Salió del saco de dormir, y ya a punto de abandonar la tienda, se detuvo un momento recordando al animal que había rondado por allí algunas noches antes. Eugenio no era cobarde, o al menos así lo creía, pero unca está de más un afilado cuchillo de monte, y una vez armado salió al exterior.
Durante el corto trayecto hasta la carpa vecina volvió a asaltarle aquella extraña sensación de sentirse en cierto modo obevado y en el centro de un punto de mira. Igual que si se encontrara en el fondo de un inmenso coso y las estrellas constituyeran las miríadas de ojos espectadores que permanecen atentos a lo que va ocurrir.
¡Ah, las estrellas!
Si Eugenio se hubiera detenido a contemplarlas sólo un instente (porque más tiempo no es recomendable) quizá hubiera advertido que aquella noche no estaban agrupadas de la misma forma. Pero no lo hizo y siguió caminando con los ojos fijos en la tienda africana.
Una vez que estuvo próximo a la gran carpa, se detuvo, y sintió que los ánimos que le habían incitado a tomar aquella decisión le abandonaban. No llegó pues a acercarse a la puerta, sino que rodeando la itinerante

habitación, halló un resquicio, un a modo de raquítica ventana, a través de la cual podía contemplarse el interior.

Por allí pudo ver, precisamente cuando cesaba el canto monocorde, que las dos personas adultas permanecían en cuclillas cerca de la estatua labrada en madera. Estaban cubiertos con las pieles de león y leopardo, y parecían recitar en forma de murmullo algunas oraciones dirigidas a aquella divinidad pagana. El niño se hallaba en el suelo, cerca de la mujer, la cual, de vez en cuando, le daba de comer algo que aun sin poderlo identificar, revolvió el estómago de Eugenio.

Olvidaba ya cualquier intención de tomar contacto con aquellas personas, se alejó de la carpa, y desenado tranquilisarse antes de regresar a la suya, se dirigió a los límites del camping con ánimo de dar un pequeño paseo.

Bastante antes de que Eugenio llegara a la cerca, cualquiera que se hubiera aproximado a la tienda africana y hubiera contemplado el interior, habría sido testigo de una extraña ceremonia.

El ámbito entero estaba ocupado por un gran número de recién llegados. Preguntarse de dónde procedían resultaría absolutamente inútil o perfectamente incomprensible para los no iniciados en los ancestrales ritos del Africa negra. Eran recién llegados, de eso no cabía duda, y fieles a la singular convocatoria, se agrupaban en círculo, silenciosos y tensos, de igual modo que cuando el leopardo se agazapa entre las altas hierbas y permanece inmóvil el tiempo necesario para que su alertada presa vuelva a sentirse libre y confiada.

Aunque sus cuerpos parecían ágiles y fuertes, a pesar de que cada cual sostenía en sus manos un pequeño escudo redondeado y una afilada lanza, sus ojos estaban apagados, y el hálito vital que animaba sus miembros tenía el aspecto de ser un momentáneo préstamo.

Eugenio saltó la valla que limitaba el campamento y se sentó sobre una peña suavemente iluminada por la claridad lunar. Clavó sus ojos en las estrellas y ellas le devolvieron la mirada guiñándole siniestramente.

Del mismo modo que después de la luvia o el rocío minúsculas gotas de agua penden de la tela de araña otorgando a la funestatrampa un aire inofensivo y cristalino, así también las lejanas estrellas constituían una inconmensurable red cuajada de diamantes que invitaba al reposo.

Se tendió sobre la peña contemplando aquel tremendo océano estelar ajeno a la aviesa e inmensísima espiral que se cernía sobre su cabeza y en cuyo centro se encontraba, y volviendo ligeramente el rostro, vio la luna en su cuarto creciente.

Muy poco a poco un rumor fue haciéndose audible, un son monocorde y rítmico como si alguien golpeara un tambor o algún objeto hueco. Era la señal del inicio de la caza.

Eugenio se incorporó para oírlo mejor, y sólo entonces advirtió que se encontraba bajo un firmamento austral.

Muy sigilosamente, lo ágiles guerreros fueron abandonando la inusitada tienda, y, silenciosos, sabedores de dónde situar a cada paso las plantas de sus pies para no aplastar una hoja que pudiera delatar su presencia, blandiendo amenazadoramente las puntiagudas lanzas, se fueron arrastrando hasta los límites del campamento.

Una vez que el último de los terribles cazadores salió de la tienda, el niño comenzó a llorar, y Eugenio, casi tan petrificado como la peña sobre la cual se encontraba, sentía el creciente redoblar de los obsesivos tambores, mientras sus ojos recorrían incrédulos aquellas constelaciones solamente visibles en el hemisferio sur.

Consciente de que corría peligro, pero ignorante de su especie, se irguió dispuesto a huir para buscar refugio, a sabiendas de que debía tomar la dirección opuesta al campamento.

El sonido de los tambores arreció y se sobrepuso al resto de los ruidos nocturnos. Algunos animales surgían un momento de la espesura próxima y, tras permanecer atentos un segundo, echaban a correr internándose en el bosque.

Eugenio fue retrocediendo despacio, e intuyendo que necesitaba una considerable ventaja, emprendió la carrera apenas llegó a la entrada del bosque. La luna volaba vertiginosa sobre las copas de lso árboles, y las estrellas australes rielaban intermitentemente emitiendo alaridos de cristal.

El ritmo del *tam-tam* llegó a su paroxismo, y Eugenio supor que su vida debía fiarla únicamente a la velocidad de sus piernas. De nada serviría encaramarse en un árbol o tratar de ocultarse en algún rincón de la espesura. Así pues, con los ojos desorbitados por el miedo, corrió y corrió a través del bosque creyendo ver a su paso sombras de gigantescos animales y luminosos ojos que le miraban desde la maraña.

Finalmente alcanzó el límite del arbolado y tuvo que continuar su carrera en descubierta, pendiente abajo, hiriéndose con los espinos de los matorrales. Y lejos de mostrarse indiferentes, la luna y las meridionales estrellas iluminaron la reseca tierra señalando el camino a los perseguidores implacables.

Pronto pudo escuchar a sus espaldas un griterío atroz, como de una jauría que fuera pisándole los talones animada por el vertiginoso sonido del *tam-tam*. No se atrevía a mirar atrás temeroso de perder unos segundos, y los pulmones le ardían, las fuerzas le fallaban, y una gran proción de lengua colgaba de su reseco hocico. El corazón latía furiosamente balanceándose entre las costillas, y su cola se enredaba a veces en la maraña de los matorrales.

Mientras corría trataba de encontrar una solución a aquella irracional huida, pero en su cerebro tan sólo tenía cabida una idea fija: escapar, escapar, escapar.

Ya no se preguntaba escapar de qué o de quiénes. Unicamente era consciente de que debía poner tierra por medio entre él y sus perseguidores, o de lo contrario su vida peligraba.

Pasó junto a un manantiarl, pero no se atrevió a detenerse y a sumergir su hocico en el agua, aunque el gaznate le echaba fuego, y sus ojillos se desorbitaban. las patas empezaban a fallarle, y las pezuñas le dolían horrorosamente. Todo el pelaje de su cuerpo rezumaba sudor, y la extensión de lengua pendiente de su orro se alargaba cada vez más, pero no se detuvo.

La distancia entre él y sus perseguidores disminuía por momentos, y los gritos de los cazadores resonaban ya próximos a sus orejas, por lo que, realizando un desesperado esfuerzo, corrió y corrió a través de la llanura,

aunque antes de haber alcanzado la mitad comprendió de manera instintiva que no llegaría vivo al final.

Las estrellas se arracimaron en lo alto prestando su concurso a la débil claridad lunar para iluminar espectralmente la escena: una docena de cazadores negros fue gananado ventaja al animal hasta que, habiendo llegado a determinado punto, uno de los perseguidores se separó del grupo, se detuvo un instante y, balanceando su nervudo brazo, arrojó la lanza, que tras describir un arco en el espacio nocturno se aproximó silbando y fue a clavarse profundamente en el cuerpo de la infeliz presa que cayo a tierra fulminada.

Los cazadores rodearon a la víctima y uno de ellos, el que parecía el jefe, la despellejó hábilmente utilizando un cuchillo de monte.

Al cabo de dos días un pastor encontró el cuerpo de Eugenio. Su corazón había sido atravesado por un arma punzante, y su cadáver, horrorosamente despellejado, yacía sobre la tierra en carne viva.